

Ópalo ediciones
info@opaloediciones.com
www.opaloediciones.com

Segunda edición: febrero, 2024.

© Darío César Dublanc
© Ópalo ediciones.
© de las fotografía de portada:
© de la fotografía de solapa: Darío César Dublanc.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1722-2024
ISBN: 978-84-122446-7-0

Queda prohibida la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

Ópalo ediciones no se hace responsable de las opiniones del autor ni de cualquiera de los textos de la presente publicación, ateniéndonos a que la obra que posee el lector en sus manos puede ofrecer valoraciones personales y subjetivas del autor o los autores que no tienen que estar necesariamente secundadas por Ópalo ediciones, quien solo hace de soporte para materializar la presente edición.



CUENTOS FANTÁSTICOS

EL OBSERNAUTA

César Dublanc

*Si no me encuentras enseguida,
no te desanimes;
si no estoy en aquel sitio,
búscame en otro.
Te espero...,
en algún sitio estoy esperándote.*

Walt Whitman

A modo de prólogo

No es producto de la casualidad que César Dublanc haya optado por cerrar esta obra con “La primavera”, estación en la que observamos todo aquello que nos rodea con la seguridad de volver a creer en un mundo menos hostil y más humano.

Se trata, creo, de una muestra de “optimismo crítico”, porque, más allá de su apuesta a un futuro en paz, desarrolla una aguda observación sobre las oscuridades, las contradicciones y las soledades del ser humano, que, por cierto, puede percibirse con bastante nitidez en el premiado cuento “Palabras a mi maestra”, donde el protagonista, un soldado, se pregunta: “Señorita maestra, ¿para qué sirve la guerra? y continúa, “¿Sabe?, sentí que aquí todo es inútil, las enseñanzas, el amor de una familia, no tienen razón de ser, no tienen dimensión de realidad. Hoy, en mi realidad, sólo mi fusil es mi realidad y dependo de él”

La vía que ha escogido Dublanc, son los relatos fantásticos, y, al igual que los escritos por Orwell y Bradbury, intentan señalar, y tal vez denunciar, a partir de una sincera percepción poética, mucho antes que el futuro, un presente caótico, pero aún modificable.

Julio Cirilo Dublanc

A la memoria de Héctor Ricardo Leis

EL OBSERNAUTA

I

EL INVIERNO

Como un ojo de párpado destrozado, obligado a mirar siempre, busco referencias en el vacío.

A veces vuelvo sorpresivamente sobre mi propio eje, intentando atrapar una fuga, una sombra, pero no hay más que extensión que se repite en la solidaridad de la nada.

El tiempo inexistente es la más perfecta cárcel, ahora lo sé. Busco nexos que me son negados, mas en esa negación radica mi desafío.

Quisiera al menos sentir la gratificación del cansancio, el contradictorio sabor del deseo, una tregua, pero se me empuja con firmeza a mi rol de observador.

Mi estado de conciencia permanente se agrieta por falta de referentes, de interlocutores.

Sospecho que hay otros observadores, nunca los ví.

A veces interrogo. Mi ojo se detiene ante el caos congelado del universo, aunque no hay confidencias, aparece como un latido inmerso en un instante que niega su camino al movimiento.

Solo tuve una concesión, **conservo algunas historias** del tiempo en que existía el hombre, **son confusas y contradictorias**, las he guardado de todas maneras.

César Dublanc

LAS HISTORIAS

LA REBARBA

*Observa la obra de Dios: ¿Quién
puede enderezar lo que Él torció?*

ECLESIASTES. Cap. VII, vers. 13.

En estas vacaciones que pasaron, me ocurrió algo que, recordándolo ahora, fue un imperdonable error de mi parte.

Estaba instalado cómodamente en el departamento asignado por la Corporación Estatal. Sobre mi cama descansaba la valijita negra que había ganado duramente a través de todo un año de trabajo. Por la ventana pude observar la playa de ardiente arena, tal vez el próximo año con mayor esfuerzo, logre autorización para bajar hasta ella.

Almorcé sólidamente y aún con la somnolencia de la digestión tomé la valijita y llevándola a la mesa de la cocina la contemplé. Siempre hacía un intervalo antes de abrirla, era un espacio entre dos actos, de expectación que me transmitía un breve placer.

EL OBSERNAUTA

Al levantar la tapa las vi a todas al mismo tiempo y creo que mi carne retrocedió como a la defensiva. Los cuatro frasquitos etiquetados e inmovilizados adecuadamente despedían colores vivos. Los fui sacando al tiempo que los colocaba sobre la mesa en perfecto orden. De reojo pude observar que los sensores vigías estaban como ausentes. El frasquito gris estaba etiquetado “Rutina I”, el azul: “Los miedos”; el rojo: “Las ilusiones”; el cuarto frasquito transparente decía “Rutina II”.

Serían unas perfectas vacaciones.

Llegó la noche, los vigiladores le zumbaron a La Luna como perros electrónicos inquietos.

Tomé el primer frasco y, al destaparlo, observé el líquido gris. Lo bebí con rapidez y me fui a dormir despreocupado.

A medianoche desperté con sobresalto, los sensores me monitorearon indolentes. Ya con deseos de vomitar me dirigí al baño. Lo primero que salió, -siempre sucede-, fueron los boletos del transporte que tomo de mi casa al trabajo: multicolores, se desparramaron por el baño. Después siguieron las cuentas, los impuestos, todo en una sucesión que casi no me dejaba respirar, mi cuerpo y mi cerebro se fundían en un solo latido doloroso. Me acosté nuevamente extenuado. Me levanté a media mañana, y más tranquilo me dediqué a ejercitar el cuerpo. Por la ventana, a lo lejos, crepitaba la arena bajo un sol inapelable.

La segunda noche tomé el frasquito azul, al abrirlo, uno de los controladores retrocedió con prudencia. Al beberlo, el líquido inundó mi conciencia, como si no hubiera pasado previamente por el estómago. Luego con lentitud, esa impresión desapareció, aunque no logré conciliar el sueño, porque poco a poco me fue inundando la sensación esperada. No llegué al baño, en el camino vomité una máquina de escribir; papeles con fragmentos de poemas, de relatos, volaban como puños cerrados. La máquina de escribir tomó distancia, adquirió velocidad

y se abalanzó contra mí; apenas pude cerrar la puerta del baño a tiempo, ya para entonces estaba vomitando un ramo de flores marchitas, que en su momento no me había atrevido a mandar, y me pegaban rítmicamente en la cabeza, mientras sostenía la puerta con ambas manos. Del otro lado la máquina se había puesto a teclear rítmicamente.

El último miedo tardaba en definirse, y yo lo esperaba resignado y alerta como el ciervo que olfatea al tigre final. Pero no apareció. Me acosté desarticulado, durmiéndome con rapidez.

La esperanza de unas vacaciones perfectas me tranquilizaban. A la mañana, la rutina de levantarme, comer sólidamente, el ejercicio, me entretenían. Hasta los mismos controladores seguían con ritmo mis ejercicios físicos, en una conjunción animada y casi humana. En un rincón, la computadora personal ya apagada, me miraba con desorientación.

La tercer noche me encontré tenso, tomé el frasquito rojo y el líquido, después de invadir mi boca, se mimetizó con la sangre. Me ilusioné, por un instante de estar ilusionado, pero reaccioné enseguida, solían ocurrir esa clase de contratiempos.

Me acosté.

A la madrugada sentí algo que crecía en mi estómago con pulso de criatura y de improvisó salió por mi boca. Voló hasta el techo de la habitación y de ahí fue bajando hasta quedar frente a frente, mirándome a los ojos. Ahí recién me di cuenta de que veía mi propio rostro; no me asustó, tenía una expresión curiosa y una sonrisa irónica, no me juzgaba, pero me hacía sentir juzgado. Cuando aparté mi cara buscando la complicidad de los vigiladores nocturnos, se esfumó. Me fui a dormir nuevamente, sereno y vacío como una cáscara. Mis vacaciones perfectas se iban definiendo.

Los días transcurrían serenos y las noches en una nada tranquilizadora, ya libre de la etapa de los sueños.

EL OBSERNAUTA

A veces, por la ventana, por breves lapsos, contemplaba la playa de arena ardiente.

Sólo algo vino a ocurrir que fue creciendo como una raíz imprevista.

Cuando entraba a la cocina, comencé a sentir una presencia, algo no definido. Me encontré, de pronto, mirando fijamente un objeto barato que colgaba de una de las paredes. Representaba a un muñeco de plástico con cuerpo de hombre y cabeza de tomate. En la parte inferior, una pequeña cesta de alambre albergaba una caja de fósforos. No tenía nada de particular, seguramente los sensores vigías ya lo habían chequeado. Sin embargo, al mirarlo con mayor detenimiento, observé a un costado de su cráneo vegetal, una pequeña rebarba, seguramente producto del molde con el que había sido fabricado en serie. Dejé de prestarle atención y proseguí con mis rutinas.

Al transcurrir los días, cada vez que entraba a la cocina, percibía al muñeco con una sensación molesta, ajena a lo programado, que no podía descifrar. Mi racionalidad comenzó a sentirse desplazada por imágenes.

Llegué a convencerme de que la inquietud provenía de la rebarba.

La observaba diariamente, cuando me levantaba, después de hacer ejercicio y antes de acostarme.

Llegué a odiarla por su banalidad y el nerviosismo que me producía.

Mis días de perfectas vacaciones sea veían cada vez más amenazados.

Una mañana decidí quitar la rebarba. Tomé al muñeco entre mis manos y de pronto sentí por el lapso de una fracción de segundo que movía la cabeza. Con la rebarba ya en mi mano busqué el sintetizador de basura para tirarla.

Quizás fue el miedo, o una secreta convicción que fue creciendo en mí, lo que me obligó a desecharla.

Luego, cada vez que ingresaba a la cocina, sentía una inexistencia contenida, expectante, que ganaba espacio. Después con lentitud, comencé a percibir que aspectos de mi realidad iban perdiendo significado.

Cuando volví a abrir la valijita negra, observé el único recipiente todavía lleno, transparente, etiquetado Rutina II.

Aún no sé por qué, no puedo precisar los motivos, son esos actos que se nos imponen inconscientes. Llevé el recipiente a la cocina y ahí lo destapé, creo que los sensores vigías estaban adormilados.

De todas maneras ya no sirven los lamentos.

La rebarba late definitivamente en alguna parte de mi cerebro, como una llanura no explorada y ya inexpugnable.

Ahora desde mi lugar en la pared de la cocina, sosteniendo la caja de fósforos que casi no pesa, por una ventana de la cocina, hay días claros en que alcanzo a ver la playa de arena ardiente, envuelta por El Sol.

ÍNDICE

A modo de prólogo	11
EL OBSERNAUTA I	15
El invierno	17
LAS HISTORIAS	19
La rebarba	21
Retrato criminal	27
El obserquio	33
El planeta de los opuestos	37
Volviendo a Michel	39
Un toque de distinción	43
Palabras a mi maestra	49
Otro sol	55
EL OBSERNAUTA II	59
Otoño	61
EL OBSERNAUTA III	63
El verano	65
EL OBSERNAUTA IV	67
La primavavera	69
Biografía	73

